



Implicaciones Socio-Culturales del Crecimiento y Distribución de la Población*

Luis Leñero Otero

Instituto Mexicano de Estudios
Sociales, A. C.

* Conferencia presentada en el
I SEMINARIO SOBRE POBLACION Y
DESARROLLO PARA PERIODISTAS
LATINOAMERICANOS, celebrado en
Santa Marta, Colombia, en julio de
1973

**OFICINA REGIONAL PARA AMERICA LATINA
CALLE 45A N° 9-66, 4° PISO
APARTADO AEREO 26185
DIRECCION CABLEGRAFICA: PRINPO
TELEFONO: 45 53 71
BOGOTA, D. E., COLOMBIA**

IMPLICACIONES SOCIO-CULTURALES DEL CRECIMIENTO Y DISTRIBUCION DE LA POBLACION

Luis Leñero Otero

“La movilidad demográfica debe ser analizada dentro del contexto de problemas y perspectivas de nuestros países, para no equivocar su sentido social al tratar de entenderlo utilizando la visión de otras sociedades, mayor o menormente desarrolladas, pero de naturaleza distinta en su problemática social”.

La dinámica de población es un fenómeno eminentemente social. Se presenta como una manifestación de interrelación humana y se realiza siempre dentro de un contexto social que implica, por un lado, estructuras sociales enmarcantes —dentro de las cuales surgen las decisiones humanas de población y las condiciones socio-culturales que le dan sentido—, y por el otro, procesos sociales que integran el fenómeno de la población en series de hechos sociales tendientes a imprimir una dinámica global en la sociedad. Finalmente, la población implica y está implicada en los cambios y transformaciones de la vida social colectiva. Sin esta amplia visión social, la población y su dinámica no adquieren una adecuada comprensión ni, menos aún, una debida proyección.

Es por ello que la movilidad demográfica debe ser analizada dentro del contexto de problemas y perspectivas de nuestros países, para no equivocar su sentido social al tratar de entenderlo utilizando la visión de otras sociedades, mayor o menormente desarrolladas, pero de naturaleza distinta en su problemática social.

Estudiar, de esta manera, la dinámica de población en su dimensión social implica, primero, analizarla como un fenómeno dependiente de la estructura global de la sociedad, y por lo tanto, sujeta a una multiplicidad de factores sociales que la predeter-

minan en su manifestación como fenómeno colectivo.

Pero también, en segundo lugar, el estudio social de la población lleva implícito un análisis de los efectos que está produciendo sobre las diversas estructuras sociales y, en general, sobre el sistema global de la sociedad. Este efecto social de la dinámica demográfica es innegable: una sociedad se reproduce, se perpetúa y se modifica gracias a la movilidad natural de población y a la movilidad social de ésta. Pero también las dimensiones y la forma en que ésta se presenta repercuten en un sinnúmero de fenómenos cualitativos de la vida social que a continuación vamos a esbozar.

EL ANALISIS DEL CAMBIO SOCIAL

Pero antes de referirnos a las interrelaciones entre la dinámica de población con otros fenómenos sociales, vamos a hacer mención de dos importantes corrientes utilizadas actualmente para explicar los procesos de cambio social.

América Latina vive una situación crítica en muchos sentidos. La velocidad de las transformaciones sociales y la resistencia a dichas transformaciones, han dado lugar a un complejo panorama en el que chocan los intereses de unos y otros. Particularmente puede apuntarse la tensión entre las masas

populares frente a las minorías privilegiadas y las que se derivan de los sectores tradicionalistas frente a otros que apuntan a valores y normas modernizantes.

Como quiera que se trate el problema social, surge la necesidad de analizar los fenómenos de cambio en todas sus implicaciones. Para llevar a cabo dicho análisis los especialistas en ciencias sociales han venido desarrollando diversas corrientes y teorías con las cuales sistematizan la interpretación y el sentido de los fenómenos de cambio.

Entre las diversas corrientes utilizadas en América Latina para estudiar el cambio, resaltan dos que aglutinan en forma un tanto dicotómica, las concepciones y las metodologías científico-sociales.

Perspectiva funcionalista

La primera corriente se agrupa en torno a la llamada escuela funcionalista —que por cierto tiene una multiplicidad de variantes y teorías. A riesgo de simplificar excesivamente dicha corriente, pero con el fin de caracterizar su enfoque predominante y ver las implicaciones que tiene al aplicarla al estudio de la población, podemos afirmar que su planteo enfatiza la existencia y la necesidad de un equilibrio en la vida social. Este equilibrio está basado en la integración y confluencia de las funciones sociales que las diversas instituciones llevan a cabo.

Su enfoque, a su vez, subraya el llamado “orden social” identificado como una paz y un progreso consistente en un desarrollo armónico y equilibrado, sin mayores rupturas ni conflictos. Por ello mismo, la cooperación y el consenso social son vistos como la fuerza de la vida colectiva. El cambio, por su parte, debe estar integrado dentro de las instituciones sociales que tienen que ser capaces de neutralizar los problemas y los conflictos, considerados como patológicos.

En resumen, esta corriente erige el ideal de la vida social e incluso del cambio, en un

equilibrio basado sobre las actuales estructuras y proyectando, para el futuro, una sociedad equilibrada que haya podido integrar las innovaciones y las nuevas expectativas dentro del desarrollo de sí misma.

La migración y el crecimiento demográfico, dentro de este planteo deben ser vistos como fenómenos que no presionen excesivamente a las estructuras actuales, para que el equilibrio existente no se rompa. Utilizar las instituciones existentes —o nuevas que completen las funciones de las anteriores— para limitar un excesivo crecimiento demográfico será, por lo tanto, una consecuencia lógica de esta posición. Incluso, se buscará reforzar la institución familiar tradicional o neotradicional mediante el control de la fecundidad para que ésta no atente en contra del orden y el bienestar de la familia, o al menos, para aligerar la carga que las familias de los sectores populares tienen dentro del sistema.

Evitar, por lo tanto, una crisis social es uno de los objetivos de esta corriente, muchas veces sin caer en la cuenta de que la regulación de la natalidad y las migraciones pueden implicar una crisis de otro tipo, con todos sus costos sociales.

De cualquier manera, la dinámica demográfica será analizada dentro de una perspectiva de funcionalidad social y de equilibrio deseado.

Perspectiva de la dinámica conflictual

Por otro lado, un creciente número de científicos sociales, que caracterizan la corriente latinoamericanista más importante en la actualidad, se inclina cada vez más por una concepción más revolucionaria del cambio social. Testigos de una sociedad en crisis y en conflicto creciente, conciben a ésta como una realidad “naturalmente” en desequilibrio. El cambio vivido, y sobre todo, al que se aspira, está basado en la dinámica del conflicto. Si ésta no se presenta, difícilmente las condiciones estructurales pueden transformarse en su centro.

América Latina es vista como una sociedad dependiente de los intereses imperialistas y capitalistas. Solo el conflicto puede romper la violencia institucional y la rigidez y fuerza opresora de las instituciones actuales. El desarrollo no puede ser visto como un crecimiento del actual sistema, que elimina solamente las tensiones críticas pero que no resuelve en el fondo, la situación de explotación y marginación sistemática de las grandes mayorías crecientes.

En esta perspectiva, la migración y el crecimiento demográfico acelerado, son vistos en forma diferente que en la anterior corriente. El crecimiento demográfico significa, al menos para muchos, la fuente de la presión social necesaria para cambiar el sistema. O bien, no significa más que una variable periférica cuyo cambio no refleja ni representa el cambio de las relaciones básicas del sistema. Más aún, para muchos otros, el crecimiento natural de la población o el control de la migración tienen el mismo sentido de reforzamiento del sistema actual. Si la población aumenta, la mano de obra proletaria aumentará y su costo disminuirá, con beneficio para el capitalista. Si la población se controla y el crecimiento demográfico se limita, se impide la presión revolucionaria a nivel continental y nacional, con lo que se beneficia, a su vez, a los gobiernos en el poder, y sobre todo, a los poderes imperialistas. Con todo ello, se demuestra la marginal importancia que pueden tener las variables demográficas, dentro de la perspectiva del conflicto. En todo caso, el aumento de la población puede —a costa de las generaciones empobrecidas— augurar perspectivas de cambios revolucionarios más que el control limitante de la población.

Perspectivas de dialectización de ambas corrientes

Ante esta dicotomía de planteos funcionalista y de dinámica del conflicto, cabe

proponerse una corriente que, dialectizando ambas posturas, supere sus parciales puntos de vista.

Efectivamente, puede decirse que ni la sociedad equilibrada es una realidad efectiva —menos aún en un ideal deseable—, ni tampoco la sociedad conflictual puede concebirse como la verdadera, ni menos todavía, a la que puede aspirarse como meta. No existe sociedad sin equilibrio ni estabilidad relativa, y por lo tanto, sin conflicto y sin crisis. El desarrollo no es una evolución de continuidad sin rompimiento, pero tampoco una dinámica revolucionaria que parte de cero. Cooperación y conflicto; institucionalidad estable y cambio de sistemas; orden y violencia; integración y desintegración son caras aparentemente opuestas pero del mismo tronco. La crisis es necesaria para alcanzar etapas de madurez superior. La madurez requiere de la crisis y la implica intrínsecamente.

Concebir una sociedad a la vez funcional y conflictual es superar la dicotomía aparente: es hablar de una realidad suprafuncional dinámica. La visión dialéctica va más allá del simple equilibrio o de la postura puramente destructiva: integra dinámica y realísticamente a los dos.

En esta línea, la población tiene que ser vista en su doble manifestación y en su doble significación. Representa, por un lado, un fenómeno ligado íntimamente a la funcionalidad del sistema en desarrollo. Por eso resulta un factor importante que debe ser regulado y planificado tanto al nivel microsocial como al nivel macrosocial. De su realización racional y humanizada en lo cuantitativo y en lo cualitativo, depende en gran parte el desarrollo mejor y más eficaz de las estructuras familiares institucionales, y en general, de la comunidad.

“La población no puede ser modificada sin una intensa transformación crítica sociocultural. El comportamiento humano depende fundamentalmente de las estructuras valorales y normativas, a la vez que del sistema de relaciones de producción, consumo y poder social. La modificación de éstas afecta a aquélla, sobre todo cualitativamente”.

Pero por otro lado, la población no puede ser modificada sin una intensa transformación crítica socio-cultural. El comportamiento humano depende fundamentalmente de las estructuras valorales y normativas, a la vez que del sistema de relaciones de producción, consumo y poder social. La modificación de éstas afecta a aquélla, sobre todo cualitativamente. Más aún, problemas como el de la migración, la marginación social, la liberación y el trabajo de la mujer están íntimamente ligados a la problemática global de la población, con relaciones de interdependencia recíproca.

Querer modificar, por ejemplo, la conducta reproductiva de las personas, sin tomar en cuenta las disfunciones que implica ni los conflictos que se presentan dentro del marco social del contexto de los países latinoamericanos —muy diferente del de los sajones o europeos que tienen diverso contexto cultural y social—, es intentar abstraer un fenómeno social negando su propia naturaleza y su dinámica a la vez funcional y conflictiva.

NIVELES Y DIMENSIONES DE LA IMPLICACION SOCIAL DE LA POBLACION

Niveles macrosociales

Lo primero que podemos afirmar, es que la dinámica demográfica (natural y social), debe ser vista en su dimensión macrosocial como fenómeno demográfico vinculado estrechamente con toda la estructura y dinámica histórica de la población. Su manifesta-

ción global dentro de una sociedad responde a un condicionamiento histórico-generacional de la estructura de sexo, edad, nupcialidad, morbilidad, etc., de una población dada. A su vez, la natalidad y la mortalidad forman un binomio con relaciones dialécticas altamente dependientes de las pautas culturales. Su síntesis refleja el crecimiento natural de la población. Las “leyes demográficas” responden no solo a la cuantificación de los totales de las diversas categorías de la población (mujeres en edad fértil, tasas de nupcialidad, contraste con el número de muertos y repercusión de la morbilidad o de los fenómenos migratorios). Más importante que eso es la pauta de conducta derivada de normas, valores, condiciones socio-económicas y socio-políticas. Si éstas no se modifican en uno u otro sentido, la conducta reproductiva difícilmente experimenta cambios efectivos y permanentes. Por eso, una campaña de distribución de anticonceptivos no obtiene el efecto esperado si no se modifican cultural, económica y políticamente las bases de las que provienen las conductas procreativas.

Pero la estructura de la población, además de ser vista en su interrelación cultural, económica y política, responde a una dinámica histórica. El análisis histórico-demográfico resulta sumamente importante para la comprensión y encauzamiento del fenómeno de la población. Períodos históricos de lucha violenta y sus subsecuentes etapas de post-revolución y lucha, se reflejan de manera clara en la conducta reproductiva y migratoria, continuándose muchas veces a través de normas y costumbres, aun cuando

“El contexto familiar y comunal (de los grupos indígenas) obedece a normas culturales de tipo fatalista. Su significación va más allá de la satisfacción personal y de la responsabilidad realista para ser padre . . . Hablar de paternidad responsable ante ellos, con las categorías de la familia nuclear de clase media, resulta anacrónico”.

las condiciones históricas no se mantengan como antes. La dinámica se genera en cierta forma y tiende a proseguir en ese mismo sentido.

Fecundidad y culturas en transición

Una aplicación de este fenómeno de persistencia histórica es el de la transición cultural en la que la mayor parte de los países latinoamericanos se encuentran.

Tres tipos de culturas —o subculturas— coexisten y se entrelazan aculturizándose sucesivamente.

La cultura arcaica o “folk” propia de los grupos indígenas, con sus concepciones fatalistas, mágicas y míticas, con sus tabúes normativos y su concepción ancestral que mira al pasado, aún persiste y está vigente en mayor o menor medida en un número que puede ir hasta el 50% de los habitantes de nuestros países (según criterios de clasificación de población indígena). La fecundidad en estos grupos es un fenómeno eminentemente sagrado y de naturaleza religiosa. Su contexto familiar y comunal obedece a normas culturales de tipo fatalista. Su significación va más allá de la satisfacción personal y de la responsabilidad realista para ser padre. La comunidad entera y la familia extensa —clánica o tribal— asume la responsabilidad. Hablar de paternidad responsable ante ellos, con las categorías de la familia nuclear de clase media, resulta anacrónico.

Al lado de esa cultura se encuentra un sector mayoritario de población latinoamericana perteneciente a una cultura tradicional de tipo rural. Su concepción de la vida es eminentemente providencialista —más que fatalista— en donde cabe una acción humana colaboradora de la ley natural de carácter divino, pero en donde la voluntad de Dios sigue cumpliéndose de una u otra manera. Las normas que rigen la conducta residen en las costumbres y éstas en el control social del “qué dirán”. La visión de la vida está referida a un presente permanente: hay un sentido de la continuidad necesaria pasado-presente-futuro, basado en la permanencia de las normas que valen por sí mismas, independientemente de las situaciones particulares y cambiantes. Puede decirse que más de un 50% de latinoamericanos están dentro de la sociedad rural-tradicional.

En este contexto tradicional, la dinámica natural de la población responde a una ley natural de carácter sagrado que al hombre no le es dado controlar, siempre que la actuación haya sido conforme a la legitimidad de las normas aceptadas y controladas por el juicio de las personas conocidas. Las relaciones primarias cara-cara tienen aquí una influencia trascendental en la conducta de todos.

Si quiere introducirse un nuevo criterio moral o simplemente normativo, es preciso que sea la comunidad la que lo integre dentro de su contexto, para que después pueda

ejercer su influencia normativa a través de nuevas costumbres enraizadas en la cultura tradicional. El peligro de querer cambiar la conducta demográfica, sin tomar en cuenta el necesario cambio de la costumbre, puede producir efectos contrarios a los buscados.

Finalmente, de un 15 a un 70% de latinoamericanos —según países— pueden considerarse viviendo dentro de una cultura que podría asimilarse a una urbana-moderna. En esta cultura, la idea de la ciencia y la técnica sustituye a la providencia divina. La moral se convierte en una normatividad interna de conciencia personal —en contraste con el “qué dirán” tradicional—. La visión de la vida está proyectada al futuro, a la innovación y a la creatividad, aunque paradójicamente se caiga en una standarización de la moda, y en una masificación del consumo, que predomina como valor prioritario.

Pero el panorama es más complejo aún si tomamos en cuenta que estos tres tipos de culturas enmarcantes se encuentran entremezclados y en transición a veces incoherente y contradictoria. Por ejemplo, una familia indígena en contacto estrecho con poblaciones rurales de cultura mestiza, al emigrar a la capital, se encuentra con tres marcos de referencia que hacen de su conducta una acción ambigua, contradictoria o simplemente anómica.

Población y estratificación social.

Por otra parte, la situación socio-económica de los países latinoamericanos, dentro de un sistema colonialista y de dependencia, con una marginalidad de la mayoría de la población, frente a una minoría elitaria, exige ubicar el problema demográfico en América Latina dentro de este panorama.

La significación que tiene la fecundidad controlada en la población marginal, es diferente de la que puede tener en la población

proletaria y de la que pueden adoptar las clases medias, o las clases elitarias.

Por ello mismo, las motivaciones para practicar el cambio de conducta demográfica son diferentes. Así, los sectores marginales y proletarios pueden sentir vivamente los problemas de subsistencia familiar, mientras que los otros podrán tener una mayor expectativa para la satisfacción de necesidades secundaria y terciarias.

Población y otras dimensiones macrosociales

Otro tipo de interrelaciones significativas de la población —como producto y como factor social— es el relacionado a la presencia de pugnas, conflictos o simplemente contrastes que aparecen como efectos del encuentro de subculturas a las que pertenecen las personas. Por ejemplo, el contraste entre las subculturas masculina y femenina que necesariamente se encuentran frente a frente en los fenómenos demográficos. Conjuguar la actitud, valores y tendencias masculinas frente a las femeninas, a veces resulta problemático y por ende, la dinámica de población resulta afectada. Baste mencionar al respecto el status del hombre frente a la mujer, el machismo frente a la toma de conciencia femenina como persona y no como objeto.

Otro contraste resultante de población en su interrelación con las subculturas es el existente entre las generaciones. ¿Hasta qué punto las conductas demográficas actuales agravan el choque generacional? ¿Qué implicación tiene la emancipación juvenil para una fecundidad responsable, abundante o limitada? Poco se ha estudiado hasta el momento, para introducir cambios en la dinámica demográfica, relacionados con el conflicto o brecha intergeneracional.

Podemos hablar también de las involucreciones que para el fenómeno de la población tienen las diversas instituciones macrosociales.

“No puede pensarse en una modificación de la conducta procreativa y migratoria sin la intervención de todas las instituciones que sustentan, por un lado, los criterios valorales implicados en la dinámica de la población y por el otro, los efectos del crecimiento demográfico y la migración sobre los mismos organismos”.

El Estado y su gobierno no pueden permanecer ajenos a las formas y a la cantidad de los nacimientos y las migraciones. Más adelante mencionaremos algunos de los aspectos básicos de las políticas de población.

Pero también la Iglesia, el sistema escolar, el sistema de comunicación de masas, la seguridad social y todo el sistema de economía de consumo, tienen todos ellos estrecha implicación con el fenómeno que aquí nos ocupa. El estudio de su influencia, así como el de las consecuencias en ellos es materia de un análisis sumamente importante.

De hecho, no puede pensarse en una modificación de la conducta procreativa y migratoria, sin la intervención de todas las instituciones que sustentan, por un lado, los criterios valorales implicados en la dinámica de población, y por el otro, los efectos del crecimiento demográfico y la migración sobre los mismos organismos. Así, por ejemplo, el aumento de una población infantil trae aparejados necesarios servicios sanitarios, escuelas, etc., que al aumentar la densidad social, se vuelven disfuncionales frente a los objetivos propuestos. O en otro sentido, el crecimiento poblacional puede significar aumento de una clientela que vigoriza los servicios prestados.

Como quiera que sea, puede afirmarse que las dimensiones macrosociales condicionan grandemente la dinámica de la conducta individual y familiar. Tanto la persona como el núcleo familiar, toma de las unidades sociales enmarcantes sus valores, sus orientaciones y los recursos para modificar

o no la estructura demográfica. De ahí la importancia de una acción sobre los ambientes sociales que enmarcan a la institución familiar y a las personas mismas, que actúan dentro de los marcos socio-culturales y económicos.

En este sentido, el trabajo con los agentes de cambio de dichos ambientes sociales es definitivo, aun cuando parezca un camino muy indirecto. La participación de los líderes formales e informales, elitarios o subelitarios es crucial. Estos, al modificar los ambientes, podrán crear las condiciones culturales que permitan modificar las circunstancias estructurales.

Niveles microsociales relacionados con la familia y la fecundidad

Pero sin duda es la familia la unidad social más próxima al fenómeno de conducta demográfica —fecundidad y migración— aunque de hecho ésta ocurra también fuera de ella, lo cual debe ser estudiado particularmente en nuestros países.

La familia es, de todas maneras, el marco social inmediato que comprende formal o convencionalmente en su seno a la natalidad legítima o legitimada, así como también gran parte de la decisión de migrar.

Sin embargo, la estructura familiar no es una unidad homogénea. Todo lo contrario, en países como los nuestros, de gran contraste social, la familia se contrapone a los estereotipos unívocos y rígidos que suelen expresarse para caracterizar, sin adecuada

“El machismo y el maternalismo de la estereotipada abnegada mujer latina frecuentemente descritos . . . dan una imagen caricaturesca de la familia latinoamericana”.

generalización, a la vida familiar del latinoamericano.

Estereotipos: El machismo y el maternalismo de la estereotipada abnegada mujer latina frecuentemente descritos hasta por especialistas que, sin una buena sistematización de estudios empíricos que demuestran la veracidad de sus afirmaciones, dan una imagen caricaturesca de la familia latinoamericana. Igualmente, el estereotipo de la “familia santa” y de la misma familia nuclear conyugal burguesa, compuesta solo por padres e hijos, desconocen los hechos reales que demuestran que las familias latinoamericanas responden a una tipología estructural múltiple. Más aún, ignoran los procesos de cambio y transformación que está sufriendo en el tiempo y las nuevas perspectivas que están apareciendo en la actualidad.

Tipología familiar múltiple: Efectivamente, después de un análisis minucioso y sistemático, podemos llegar a la conclusión de que existen en nuestros países más de 500 tipos de familias con diferentes formas y sistemas de interrelación. En un estudio más sintético, hemos podido integrar los tipos más significativos de familias, en unos 100 que reúnen rasgos comunes según distintos planos cruzados.

La tipología anterior responde a una clasificación de factores significativos que conforman el perfil estructural de las familias según el país y dentro de él, según :

la subcultura arcaica, tradicional rural y urbana, moderna citadina a la que pertenece;

el estrato socio-económico en que se encuentra dentro de la pirámide social (marginal, proletario, estratos medios y elite);

subculturas regionales y ubicación ecológica —con mayor o menor densidad demográfica zonal—;

la resultante de la composición de categorías demográficas a las que pertenecen sus miembros en su conjunto (sexo predominante o alterante del grupo familiar, edad de sus componentes, ocupación única o plural, escolaridad y contrastes entre esposos, hijos y demás miembros, religión única o plural, etc.);

tipo de matrimonio o matrimonios que integra (formal por una o por las dos leyes, formal-informal, de unión estable o eventual consensual, cíclica o sucesiva, completa o mutilada, de una o varias parejas de matrimonios dentro del mismo hogar, etc.);

tipo de composición del núcleo familiar estructurado (familia extensa, semi-extensa, nuclear mixta o sucesiva, nuclear estable e independiente, etc.);

tipo de jefe o jefes y forma en que funcionan el poder y la autoridad familiar (al exterior y al interior, de una persona, de una pareja compartida o de varias personas o parejas; con división o no del poder según áreas; con carácter estable o eventual; con presencia o ausencia física; con autarquía o sistema

“No podemos de hecho, presentar una sola forma de llevar a cabo, por ejemplo, la paternidad responsable, como si siempre se tratase de familias conyugales propias solamente de las clases medias, burguesas, siguiendo equívocamente el modelo estereotípico de la familia “media” norteamericana”.

democratizante, consultivo o impositivo, etc.);

el ciclo por el que atraviesa en un momento dado (en etapa inicial constitutiva, en etapa de procreación inicial o intermedia, en etapa de madurez y juventud de la generación procreada o en etapa final y de desintegración o disgregación familiar);

tamaño de núcleo familiar;

caracteres cualitativos de desarrollo grupal, conjunto o grado de madurez psicosocial logrado, etc.

En cada uno de los casos de la tipología, la dinámica de la fecundidad ocurre en forma diferente, desde su motivación, hasta su forma de comportamiento ante el hijo procreado y criado; desde su base normativa y valoral hasta su manifestación conductual.

La combinación de los anteriores rasgos tipológicos es lo que nos da una pluralidad significativa, desde el punto de vista funcional y de dinámica conflictual, de más de cien tipos característicos y distintos de familias existentes en Latinoamérica.

Lo anterior, lejos de representar un panorama simplificado de la forma en que se produce la dinámica demográfica dentro de la estructura familiar, nos abre una dimensión plural a la cual habría que referirse cuando se estudia el fenómeno que nos ocupa y de sus manifestaciones adyacentes, que pretendan modificarse o promoverse, tales como el concepto de paternidad responsable,

de planeamiento familiar, de control y regulación natal, de educación familiar y sexual, de opciones para ubicar el lugar de residencia, la forma de habitar en su hogar.

No podemos de hecho, presentar una sola forma de llevar a cabo, por ejemplo la paternidad responsable, como si siempre se tratase de familias conyugales propias solamente de las clases medias, burguesas, siguiendo equívocamente el modelo estereotípico de la familia “media” norteamericana.

La planificación familiar e incluso el control de la fecundidad no pueden depender, en un gran número de los casos de las familias latinoamericanas, del acuerdo conjunto de los esposos, toda vez que se puede tratar de un medio de defensa de la mujer ante “el marido o compañero” que llega periódicamente a la casa para hacer uso de su genitalidad o para pasar el período de reconciliación periódica.

En otras ocasiones, son los parientes, padres o suegros quienes de hecho condicionan la necesidad y la realización de la fecundidad de la mujer; otras veces, por el contrario, es el hombre quien en sus múltiples relaciones sexuales —incluso dentro de su propio núcleo familiar— procrea legítima, incestuosa o extramaritalmente, con un sentido u otro de responsabilidad procreativa. De ahí la conveniencia de métodos de control de la fecundidad aplicados al hombre, más que a la mujer, en esos casos.

Y podríamos ejemplificar indefinidamente las implicaciones socio-familiares múlti-

ples de la dinámica de la población al nivel micro-social teniendo presente esta diversidad tipológica de la familia.

Neotipos de familias

Pero aún podemos proyectar la dinámica social que se está produciendo en el seno familiar y descubrir una neotipología en germen.

La captación de la dialéctica familiar nos lleva a descubrir una serie de tensiones y contrastes que están produciendo un nuevo fenómeno social de disociación funcional de la unidad integral familiar tradicional y neotradicional, que a continuación esbozamos.

Efectivamente, la presencia de una dialéctica que se produce en el encuentro de subculturas con formas de concepción y pautas de conducta diversas, está ocurriendo de manera cada vez más expresa y abierta en el microcosmos familiar, antes integrado en forma institucional rígida y monolíticamente.

Ahora se presenta el encuentro de la subcultura masculina con la femenina que va aprendiendo a manifestarse con propia expresión; el contraste explícito de las subculturas entre la generación adulta y la joven, aparece también en el escenario familiar. Más aún, el contraste entre la internalización variante de valores diversificados entre los miembros de la familia (conservadores y liberales, religiosos y secularizados, científicos y empíricos, etc.); la discordancia entre el consumo de unos y el ingreso de otros; entre las necesidades psíquicas de éste y las del grupo restante; entre la tendencia de adaptación a la sociedad (socialización) y del desarrollo de la personalidad individual; entre la conciencia personal y las normas externas convencionales, etc. Todas ellas hacen irrupción en la estructura familiar y producen un rompi-

miento de las funciones integradas de la familia original.

De esta manera, se disocian las funciones concordantes de matrimonio monogámico y conyugabilidad indisoluble; de conyugabilidad y relación sexual exclusiva; de relación sexual y procreación; de procreación y núcleo familiar; de núcleo familiar y parentesco adscriptivo; de parentesco adscriptivo y círculo social único; de círculo social y vivienda idéntica; de vivienda y unidad de consumo; de unidad de consumo y ocupación familiar única; de ocupación y status familiar idéntico para todos los miembros; de salud mental y educación familiar común, etc.

De la integración restrictiva de algunas de estas funciones entre sí y la disociación con otras, se va derivando un fenómeno de artesanía familiar que dará lugar a formas familiares nuevas y múltiples.

¿Cómo se ubica la fecundidad en esta perspectiva de neotipia social? El campo para el estudio está virgen, pero implica toda una nueva dimensión de valoración cultural y normativa que apoye esta creatividad y diversidad típica, en lugar de una standarización simplista y estereotípica de la realidad y de su ideal. Este no tiene por qué seguir un modelo propio de una sociedad de consumo que en muchos sentidos es más patológica que la anomalía de una situación pluralizada y diversificante, como la que existe en nuestra realidad.

POLITICA SOCIAL DE POBLACION

De todo lo anterior, queremos deducir una proyección de política social necesaria.

La fecundidad y las decisiones familiares migratorias son un elemento indispensable que debe ser incluido en la planificación total de nuestros países. El recurso humano es más importante que el de la naturaleza mis-

“No puede hacerse un tabú de la reproducción y de la ecología humana. Estas tienen que racionalizarse y planearse en relación a todos los demás fenómenos sociales. Si en determinado caso se hubiere podido planificar el sistema de producción y el de consumo, esto no eliminaría en lo absoluto la necesidad de planificar colectivamente la fecundidad y la migración. Menos aún a la inversa”.

ma. No puede hacerse un tabú de la reproducción y de la ecología humana. Estas tienen que racionalizarse y planearse en relación a todos los demás fenómenos sociales. Si en determinado caso se hubiere podido planificar el sistema de producción y el de consumo, esto no eliminaría en lo absoluto la necesidad de planificar colectivamente la fecundidad y la migración. Menos aún a la inversa.

Pero en esta planificación debe tenerse en cuenta el enfoque social en el cual es esencial la participación activa y responsable de todos aquellos que son los autores y protagonistas de los fenómenos, más aún cuando se trata de la reproducción humana y la conformación de las comunidades.

De ahí que la fecundidad y la migración deben planearse desde la base social en que aparecen hasta la cúspide que representa la responsabilidad colectiva. Ni una planificación hecha solo por tecnócratas o políticos con particulares intereses, ni una política que deje a una espontánea y nula acción de las personas y las familias. La responsabilidad y la racionalización deben ser colectivas, para lo cual es necesario promover el sentido de racionalidad individual en su dialéctica con el interés de la colectividad y la planificación socializada en su conjunto.

Bases para una política de población racional y social

Pero toda política responde a una concep-

ción filosófica que propone valores y metas. Obedece, además, a una comprensión más o menos adecuada de la realidad, —que debe estar cimentada en el conocimiento científico de la misma. Y finalmente, se concretiza en una serie de programas que lleven estratégica y técnicamente a la práctica las acciones sociales propuestas.

Una filosofía política que dé base a la acción sobre la población y su problemática debe, a nuestro entender, enfatizar el sentido cualitativo de la vida humana, más que su manifestación cuantitativa.

Debe, en adición, reafirmar el carácter humano de la fecundidad y la movilidad social más que su manifestación puramente biológica, demográfica o económica. Con ello, se implica la concepción del hombre como un ser esencialmente activo, como sujeto social e histórico, no como simple objeto de manejo político. Con una ontología de realización dinámica ascendente que evoluciona en sus capacidades, de generación a generación; con una dimensión creativa como esencia de su ser —contra la visión repetitiva y autómatas—; con una capacidad de cuestionamiento de sí mismo y de su sociedad; con un sentido de solidaridad humana incluso dentro de su lucha y reivindicación frente al mismo hombre que lo explota; con una capacidad ilimitada para aspirar a la liberación de sus opresores, incluso de sus progenitores mismos; con una facultad inacabada de amor y afección positiva y constructiva a la vez que de rebeldía ante la injusticia; con una necesidad de ser el propio protagonista

de su vida y de participar en la de su colectividad.

Sobre esta base filosófica que puede desarrollarse indefinida y profundamente, una política social de población debe basarse, además, en el conocimiento de las realidades del propio país y en el descubrimiento de las causas y efectos reales que produce en las distintas situaciones y ambientes. La generalización simplista no puede ser buena base de una adecuada política. Menos aún, la copia extrapolada de las políticas seguidas

en otros países de cultura e historia diferentes a las nuestras.

Ya en el nivel de acción, una política social de población debe expresarse en programas de promoción social y de concientización colectiva; en programas de educación sexual y familiar, psico-social, ética y de responsabilización socio-política —entendida la educación no solo como información o instrucción de recepción pasiva, sino como el impulso al desarrollo propio de las facultades, juicios y toma de decisiones.